F. X. FORTUN, O. S. B.

EL ROSARIO A LA LUZ DE LOS PAPAS

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

INTRODUCCION

Jesús nos regaló Su Madre en el Calvario. Obrando así, se portó a lo divino, a lo infinito, a lo Amor.

Tal regalo no se puede desechar. Le podría saber mal. Y con razón.

A mi siempre me ha gustado imitar a Juan, que al instante, «desde aquella hora», la recibió como Madre.

A buen hijo pocas palabras le hacen falta.

Lo que más le agrada a la Virgen es el Rosario. Diez razones:

1) El Rosario ha sido recomendado repetidas veces por la misma Virgen de Lourdes, en Fátima, etc.

2) El Rosario ha sido propagado muchísimas veces por los Papas.

3) El Rosario ha sido, y debe seguir siéndolo, la devoción más extendida y practicada por los fieles católicos.

4) El Rosario, rezado diariamente hasta el fin de la vida, es señal de salvación eterna.

5) El Rosario, fervorosamente rezado, es medio eficacísimo de santificación.

6) El Rosario, fervorosamente rezado, es medio eficacísimo de apostolado.

7) El Rosario es la mejor escuela de la Virgen,

donde Ella nos enseña a conocer a Cristo, a amar a Cristo, a imitar a Cristo.

8) El Rosario es garantía de fe ortodoxa.

9) El Rosario tiene potencial para toda clase de oración: vocal, mental, contemplativa... Sirve para toda clase de circunstancias. Está hecho para cualquier persona.

10) Contra la interpretación marxista del Evangelio en nuestros días, el Rosario es el mejor defensor del Evangelio. Quien reza a diario, no caerá en esa trampa.

De todo lo que he leído sobre el Rosario, lo que más me ha gustado es lo que dicen los Papas. Son 45 los que lo han hecho en más de 200 documentos. Yo sólo he espigado 31 textos.

Estoy seguro que al acabar este folleto estarás de acuerdo conmigo: lo que dicen los Papas es lo mejor acerca del Rosario. Y LO MAS AUTORIZADO.

—«Ciertamente Dios es todo: El es Redención, Misericordia, Salvación, Bienaventuranza. Más, después de El, la Virgen su Madre y San Pedro su Vicario. He ahí los dos mayores astros del firmamento de la Iglesia, los dos polos del mundo cristiano. Por consiguiente: amar ardientemente a María, porque es fuente soberana de esperanza y Madre de gracia; amar al Vicario de Dios, porque es maestro de verdad y guía supremo de las conciencias. Estos dos amores se han hecho para andar de la mano en las almas redimidas» (León XIII, a un grupo de peregrinos toscanos, 6-6-1986).

—«En las grandes luchas espirituales de estos tiempos, en que los fieles a Cristo y sus repudiado-

res se encuentran mezclados en el montón, la devoción a la Madre de Jesús es la piedra de toque infalible para discernir a los unos de los otros» (Pío XII, alocución «La Pentec te», 29-5-1950).

PIO IX

1 Estando Pío IX en su lecho de muerte, uno de los prelados que le asistía, le preguntó qué era lo que en aquella hora suprema pensaba, y el Papa contestó:

«¡Qué he de pensar, hijo mío! Mira: estoy contemplando dulcemente los Quince Misterios que adornan las paredes de esta sala, que son otros tantos cuadros de consuelo. Si vieses cómo se animan! Contemplo los Misterios de Gozo y no me acuerdo de mis dolores; pienso en los de la Cruz y me siento confortado en gran manera, pues veo que no estoy solo en el camino del dolor, sino que delante de mí va Jesús; y me parece que todas mis penas se convierten en resplandores de gloria.

¡Oh, cómo me consuela el Rosario en este lecho de muerte!»

Dirigiéndose después a los que le rodeaban dijo: «Es el Rosario un Evangelio compendiado y dará a los que rezan los ríos de paz de que nos habla la Escritura. Es la devoción mas hermosa, más rica en gracias, y gratísima al Corazón de la Virgen. Sea este mi testamento, hijos míos, para que os acordéis de mí en la tierra».

LEON XII

2 La historia antigua y moderna y los santos más memorables de la Iglesia recuerdan las preces y votos públicos y privados dirigidos a la Madre de Dios, y, a su vez, los auxilios concedidos por Ella, e igualmente la paz y tranquilidad pública, obtenidas por su intersección. De ahí esos excelsos títulos de «Auxiliadora», «Bienhechora» y «Consoladora» de los cristianos, «Reina» de los ejércitos y «Dispensadora» de la victoria y de la paz con que los católicos la saludaron.

Mas, entre todos los títulos, es especialmente digno de mención el del Rosario, por el cual han sido conseguidos perpetuamente los insignes beneficios que le debe la cristiandad.

En nuestros tiempos tenemos tanta necesidad del auxilio divino como en la época en que el gran Santo Domingo de Guzmán levantó el estandarte del Rosario de María a fin de curar los males de su época. Mas él, iluminado por la cruz celestial, entrevió claramente que, para curar a un siglo, ningún medio podía ser tan eficaz como el atraer a los hombres a Jesucristo, que es «el Camino, la Verdad y la Vida», con la frecuente meditación de la salvación que nos trajo, y sirviese ante Dios del valimiento de aquella Virgen, a quien está concedido el poder de «destruir todas las herejías».

Por consiguiente compuso la fórmula del santo Rosario de tal manera que en ella se recordasen, por orden sucesivo, los misterios de nuestra Salvación, y a esa meditación se entrelazase una guirnalda hecha

de la salutación angélica y de la oración de Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo.

Nos, pues, que buscamos remedio a males parecidos, no dudamos que, valiéndonos de la misma oración, que introdujo aquel santísimo varón con tanto provecho del orbe católico, obtendremos el mismo provecho para aliviar las calamidades que afligen a nuestra época (Supremi Apostolatus, 1-9-1883).

3 En realidad de verdad, la piedad del pueblo cristiano tiene muchos títulos insignes y variadas maneras de honrar a la divina Madre, que descuella gloriosísima sobre todos con tantas y tan grandes prerrogativas. Mas este título del Rosario, esta manera de orar, EN LA QUE SE ENCIERRA COMO EL DISTINTIVO Y COMPENDIO DEL CULTO QUE SE LE DEBE, siempre lo prefirió de modo particular, y se sirvió principalmente del mismo privada y públicamente, en casa y en familia, formando congregaciones, por pensar que no podía de mejor manera solemnizar sus fiestas y merecer su patrocinio y sus gracias.

Mas no hay que pensar en silencio un hecho que pone de relieve una especial providencia de nuestra Señora en esta materia.

Cuando por la acción del tiempo parece que se ha enfriado en la gente de algún lugar el fervor de la piedad y que se ha aflojado algo en la costumbre de orar, cuán maravillosamente se renueva después la práctica del Rosario en la nación al borde del abismo o angustiada por alguna necesidad, antes que

ninguna otra fórmula religiosa, y se la restablece a su puesto de honor y cobra de nueva fuerza salvadora (Octobri mense, 22-9-1891).

4 El Rosario ofrece un medio práctico y fácil para inculcar y hacer penetrar en los espíritus los dogmas principales de la religión cristiana...

El cristiano se preocupa de tal manera de los cuidados de la vida y tan fácilmente se distrae en cosas de poca monta, que si a menudo no se le advierte y amonesta, olvida, y llega de este modo a languidecer y hasta extinguirse su fe.

Para preservar a sus hijos de este gran peligro de ignorancia, no omite la Iglesia ninguno de los medios que le sugieren su vigilancia y su solicitud, y el Rosario en honor de María no es el último de los que emplea con objeto de acudir en auxilio de la fe.

El Rosario, en efecto, bellísima, fructuosa, y reglamentada plegaria, ayuda a contemplar y venerar sucesivamente los principales misterios de nuestra religión.

Por eso el Rosario inunda el alma de los que lo recitan devotamente de una dulzura piadosa, siempre nueva, produciéndoles la misma impresión y emoción como si estuvieran escuchando la misma voz de su misericordísima Madre explicándoles estos misterios y dirigiéndoles saludables exhortaciones.

Por lo mismo se puede afirmar que no hay temor a que la ignorancia a los envenenados errores destruyan la fe en las personas, en las familias o entre los pueblos en que se conserva hoy, como en otro

tiempo, la práctica del Rosario. (Magnae Dei Matris, 8-9-1892).

5 Nos estamos persuadidos íntimamente de que la devoción del Rosario, practicada de tal suerte que procure a los fieles toda la fuerza y toda la virtud que en ella existen, será manantial de numerosos bienes, no sólo para los individuos, sino también para todos los estados...

Tres males, sobre todo, nos parecen los mas funestos para el común bienestar, que son: el disgusto de una vida modesta y activa, el horror al sufrimiento y el olvido de los bienes que esperamos...

Cada uno comprenderá cuán abundantes son y cuán fáciles de imitar y propios para inspirar una vida honesta los ejemplos que de los misterios gozosos puede sacarse y que seducen los corazones por su admirable suavidad...

También de este peligro (del horror al sufrimiento) puede esperarse del Rosario grandísimo socorro para fortalecer las almas —tan eficaz es la autoridad del ejemplo—, y los misterios que se llaman doloroso son objeto de una meditación tranquila y suave...

Evitará completamente este peligro (el olvido de los bienes que esperamos) el que se de a la devoción del Rosario y medite atenta y frecuentemente los misterios gloriosos que en él se nos proponen. Pues de estos mismos, ciertamente, nuestro espíritu toma la luz necesaria para conocer los bienes que no ven nuestros ojos, pero que Dios —lo creemos con fe firme—, prepara a los que le aman (Letitiae sanctae, 8-9-1893).

SAN PIO X

6 Ningún homenaje le es más agradable (a la Virgen), ninguno le es más dulce que el que conozcamos y amemos verdaderamente a Jesucristo...

Para ser de buena ley el culto de la Madre de Dios debe brotar del corazón...

Si el amor verdadero es sólo aquel que tienen la virtud de unir las voluntades, es de toda necesidad que tengamos con María esta misma voluntad de servir a Jesús Nuestro Señor. La recomendación que hizo esta Virgen prudentísima a los servidores de las bodas de Caná la dirige a nostros mismos: «Haced cuanto os diga» (Jn. 2, 5). Ahora bien, esto es lo que dice Jesucristo: «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos» (Mt. 19, 17). Que todos se persuadan, por lo tanto, bien de esta verdad: que si su piedad hacia la bienaventurada Virgen no les impide pecar o no les inspira la voluntad de enmendar una vida culpable, será su piedad falsa y embustera, desprovista de su efecto propio de su fruto natural (Ad diem illum, 2-2-1904).

PIO XI

7 ¡Oh Corona del Rosario de mi Madre!
Te aprieto contra mi pecho
y te beso con veneración.
Tú eres el camino para alcanzar la virtud.
El tesoro de los merecimientos para el cielo.
La prenda de mi predestinación.
La cadena fuerte que ata al anemigo.

Fuente de paz para quien te honra en vida.
Auspicios de victoria para quien te besa en la muerte.
En aquella hora extrema te guardo ¡oh Madre!
Tu aparición será la señal de mi salvación.
Tu Rosario me abrirá las puertas del cielo.
(Breve Apostólico, 20-7-1925).

8 A vosotros, venerables hermanos, os encargo que pongáis sumo empeño en propagar más y más cada día esta fructuosa práctica de oración, que procuréis que todos la tengan en estima; por vosotros mismos o por los que os ayudan en el gobierno de la grey cristiana, propagad las excelencias y utilidad del Rosario.

Sirva éste para conservar pura e incontaminada la juventud en medio de las pasiones y apetitos desordenados; alcancen también los ancianos, por esta práctica, la paz y el descanso de sus trabajos y negocio. Sea estímulo a los que pertenecen a la Acción Católica, para ejercer su apostolado con mayor diligencia y alegría; y a todos los atribulados, y espcialmente a los que se hallan en la agonía, les sirva de consuelo y lenitivo y les dé la esperaza de una feliz eternidad (Ingravescentibus malis, 29-9-1937).

9 De un modo particulara que los padres y madres de familia den a sus hijos ejemplo de esta santa práctica del Rosario.
Y cuando ya al aterdecer vuelven todos sus negocios y trabajos, en el recinto de la causa y delante de una

imagen de la celestial Madre todos reunidos, y presidiendo los padres, con una sola voz, una fe y un sólo corazón, recen el santo Rosario.

Por esto, cuando Nos recibimos frecuentemente la visita de nuevos esposos, les hablamos paternalmente, y, entregándoles el santo Rosario, con gran interés les aconsejamos que, A EJEMPLO NUESTRO, NO DEJEN UN SOLO DIA DE REZARLO, AUNQUE ESTEN ABRUMADOS DE CUIDADOS Y TRABAJOS (Ingravescentibus malis, 29-9-1937).

10 De este modo de orar (Rosario), que santo Domingo de guzmán inició y propagó con el asentamiento de la celestial Señora, es, sin duda, venerables hermanos, el más fácil y acomodado a todos, por rudos e indoctos que sean.

Qué lejos del camino de la verdad andan aquellos que desprecian como fastidiosa esta plegaria, por la constante repetición de las mismas preces, y que por esto creen que es práctica de niños y mujeres.

A esto hay que hacer notar, en primer lugar, que la piedad, lo mismo que el amor, no se cansa por repetir con frecuencia las mimas palabras, y el fuego de la caridad que las inflama hace que siempre contengan algo nuevo.

Además esta clase de oración nos está recordando y pidiendo la sencillez evangélica y la humildad de corazón, y el mismo Jesucristo nos asegura que, si despreciamos esta simplicidad santa, no alcanzaremos el reino celestial. «En verdad os digo que, si no os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de

los cielos» Mt. 18, 3 (Ingravescentibus malis, 29-9-1937).

11 Ningún cristiano ignora que, entre las diversas y muy útiles plegarias que dirigimos a la Madre de Dios, obtiene especial y principalísimo lugar el santo Rosario.

Esta oración que algunos llaman SALTERIO DE LA VIRGEN o RESUMEN DEL EVANGELIO Y DE LA VIDA CRISTIANA, la describe y recomienda encarecidamente nuestro antecesor León XIII, de feliz memoria: «Esta admirable cadena, eslabonada con la salutación angélica, enlazada con la oración dominical y unida con la meditación de los misterios, es el modo mejor de orar... y el más fructuoso para alcanzar el cielo» (Ingravescentibus malis, 29-9-1937).

12 El Santo Rosario, no solamente es arma para derrotar a los enemigos de Dios y de la religión, sino que además promueve y fomenta las virtudes evangélicas. Y, en primer lugar, reanima la fe católica con la contemplación de los divinos misterios y eleva el entendimiento al conocimiento de las verdades reveladas por Dios. Cosa muy agradable en estos tiempos, en los que no pocos de los cristianos sienten hastío y tedio en las cosas del espíritu y de la doctrina católica.

También hace revivir la esperanza: con la consideración del triunfo de Jesucristo y de su Madre, que se medita en la última parte del Rosario, se nos

muestra el cielo abierto y se nos invita a desear ansiosamente aquella patria bienaventurada. Y mientras el deseo de las cosas terrenas enciende los corazones de tantos mortales, mientras los hombres anhelan efímeras riquezas y vanos placeres, por el pensamiento de los misterios gloriosos somos llamados a la consecución de los bienes eternos de aquellos tesoros celestiales «donde no llegan los ladrones ni roe la polilla (Lc. 12, 33).

Cuando languidece la caridad en tantos cristianos, ¿cómo no se inflamarán los corazones al recuerdo de la pasión y muerte de nuestro Redentor y de las angustias de su atribulada Madre, consideradas en la segunda parte del Rosario? Y de esta caridad para con Dios nacerá un intenso amor al prójimo al considerar cuántos trabajos y dolores padeció Cristo para retornar la herencia perdida a todos los hombres (Ingravescentibus malis, 29-9-1937).

13 Aunque este siglo, henchido de soberbia, desprecie y se mofe del santo Rosario, son, sin embargo, innumerables los hombres de todos los tiempos y condiciones que no sólo lo tuvieron en gran aprecio y lo recitaron con suma piedad, sino que también lo emplearon como arma muy poderosa para rechazar al demonio, para conservar la castidad e intregridad de vida, para adelantar en el camino de la virtud y conseguir la paz de la humanidad.

Ni faltaron varones eminentes en sabiduría que, ocupados en sus elucubraciones e investigaciones,

no dejaron pasar un solo día sin recitar de rodillas, ante una imagen de María, el santo Rosario.

Y esto mismo acostumbraron a hacer los reyes y príncipes, entregados a tantos cuidados y trabajos; así, pues, esta mística corona no sólo se encuentra en las manos de los rudos y pobres, sino que también es tenida en gran aprecio por hombres de todas las clases sociales (Ingravescentibus malis, 29-9-1937).

PIO XII

14 Tal vez no imagináis, amados hijos, cuán suficiente es esto (el rezo del Rosario en familia) para darnos la confianza de que en vuestra parroquia está bien encaminado, en adelante, aquel renacimiento religioso integral que Nos hemos augurado en la Encíclica «Fulgens corona», y sobre el cual hemos nuevamente insistido en nuestro reciente radiomensaje a la Acción Católica italiana...

He aquí, amados hijos, lo que queremos deciros: si hubiésemos de compendiar aquello que para vosotros imploramos del Señor y también aquello que cada uno desea para sí, quizás no encontraríamos una fórumula más comprensiva que ésta: Que en toda familia pueda reinar el Señor con su gracia, en un conveniente bienestar material y en la concordia y en la paz.

No hay duda que para alcanzar esto ayudará muchísimo el rezo del Rosario en familia, porque rogar, vivir y orar unidos forma una unidad viva. Nos os exhortamos, pues, amados, hijos, a orar para vivir,

para alimentar la vida del alma y la del cuerpo; Nos os exhortamos también a rogar unidos para vivir de modo que haya concordia entre las almas.

La vida propia del alma cristiana, así como la de la familia cristiana, es la vida divina. Para tener esta vida en vosotros, para conservarla, para hacerla crecer, os habéis comprometido a elevar vuestra mente y vuestro corazón hacia Dios con una de las oraciones más bellas y más completas: el santo Rosario, que es en realidad uno de los medios más bellos para entrar en coloquio en el cielo...

Si, como habéis prometido, rezáis el santo Rosario en familia, todos unidos, gozaréis de paz y habrá en vuestra casa la concordia entre almas. (A un gran grupo de la Parroquia romana de S. Félix en la que 1.500 familias habían asumido la obligación del Rosario cotidiano, 13-12-1953).

JUAN XXIII

15 Todo el mundo es mi familia. Este sentimiento de pertenencia universal (había sido ya elegido Papa) debe dar tono y vivieza a mi mente, a mi corazón, a mis acciones. Esta visión, este sentimiento de universalidad vivificará ante todo mi constante e ininterrumpida oración cotidiana: Breviario, Santa Misa, ROSARIO COMPLETO, visitas fieles a Jesús en el Sagrario, fórmulas rituales y múltiples de unión con Jesús, familiar y confidente. (Diario del alma, pág. 378).

16 Desde los años de nuestra juventud, a menudo vuelve a nuestro ánimo al grato recuerdo, de aquellas cartas encíclicas que nuestro predecesor, de inmortal memoria, León XIII, en la inminencia del mes de octubre, dirigió varias veces (once) al mundo católico para exhortar a los fieles, especialmente durante aquel mes, a la piadosa práctica del santo Rosario.

Se trata de Encíclicas varias por su contenido, ricas en sabiduría, vibrantes, cada vez con nueva inspiración y oportunísimas para la vida cristiana.

Era aquella un fuerte y persuasiva invitación a dirigir confiadas súplicas a Dios a través de la poderorísima intervención de la Virgen Madre de Dios mediante el rezo del Santo Rosario.

Este, como es sabido de todos, es un excelentísimo modo de oración meditada, compuesta a guisa de mística corona, en la cual las oraciones del Padrenuestro, del Ave María y del Gloria se entrelazan con la consideración de los más altos misterios de nuestra fe, presentado a la mente, como en otros tantos cuadros, el drama de la Encarnación y de la Redención de Nuestro Señor.

ESTE DULCE RECUERDO DE NUESTRA EDAD JUVENIL NO NOS HA ABANDONADO CON EL PASAR DE LOS AÑOS Y NI SIQUIERA SE HA DEBILITADO. POR EL CONTRARIO —LO DECIMOS CON TODA SENCILLEZ—, TUVO LA VIRTUD DE HACERNOS CADA VEZ MAS QUERIDO A NUESTRO ESPIRITU EL SANTO ROSARIO, QUE NO DEJAMOS NUNCA DE RECITAR COMPLETO TODOS LOS

DIAS DEL AÑO (Encíclica sobre el rezo del santo Rosario, 26-9-59).

17 La devoción al Santo Rosario... sabroso alimento y robustecimiento de los prinpios vitales... Es verdad que para algunas almas no acostumbradas a elevarse por encima del homenaje puramente labial, el Rosario puede ser recitado como una monótona sucesión de las tres oraciones: el Padrenuestro, el Ave María y el Gloria, dispuesto en el orden tradicional de quince decenas. Esto, sin duda, es ya algo. Pero —debemos repetirlo— es sólo preparación o resonancia exterior de una plegaria confiada, y no vibrante elevación del espíritu al coloquio con el Señor, buscando en la sublimidad y ternura de sus misterios de amor misericordioso por toda la entera humanidad.

La verdadera sustancia del Rosario bien meditado está constituida por un triple elemento, que da a la expresión vocal unidad y reflexión, descubriendo en vivaz sucesión episodios que asocian la vida de Jesús y de María, con referencia a las varias condiciones de las almas orantes y a las aspiraciones de la iglesia universal.

Para toda decena de Ave Marías he aquí un cuadro, y para todo cuadro un triple acento, que es al mismo tiempo: contemplación mística, reflexión íntima e intención piadosa.

1) Ante todo, contemplación pura, luminosa, rápida, de cada misterio, es decir, de aquella verdad de la fe que nos habla de la misión redentora de Je-

sús. Contemplando, nos encontraremos en una comunicación íntima de pensamiento y de sentimiento con la doctrina y la vida de Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, venido a la tierra para redimir, instruir y santificr en el silencio de la vida oculta, hecha de plegaria y de trabajo; en los dolores de su santa pasión; en el triunfo de la resurrección; en la gloria de los cielos donde se siente siempre en disposición de asistir y de edificar con el Espíritu Santo la Iglesia por El fundada, que progresa en su camino a través de los siglos.

2) El segundo elemento es la reflexión, que desde la plenitud de los misterios de Cristo se difunde con viva luz sobre el espíritu del orante. En cada uno de los misterios se advierte la oportuna y buena enseñanza para sí, en orden a la propia santificación y las condiciones en que vive, y bajo la continua iluminación del Espíritu Santo, que desde lo profundo del alma en gracia «pide por nosotros con gemidos inenarrables» (Ro. 8, 26). Cada uno compara su vida con el calor de la enseñanza que brota de esos mismos misterios, y encuentra inagotables aplicaciones de ellos a las propias necesidades de su vivir cotidiano.

3) En último término está la intención, es decir la indicación de las personas, instituciones o necesidades de orden personal o social, que para un católico verdaderamente activo y piadoso entra en el ejercicio de la caridad hacia los hermanos, caridad que se difunde en los corazones, como expresión viviente de la común pertenencia al Cuerpo Místico de Cristo (Carta Apostólica al orbe católico, 29-9-1961).

18 El Rosario, como ejercicio de cristiana devoción entre los fieles de rito latino, que forman notable parte de la familia católia, tiene su puesto después, de la santa Misa, y el Brevario, para los eclesiásticos; y después de la participación de los Sacramentos, para los seglares (Carta Apostólica al orbe católico, 29-9-1961).

19 ¡Encanto del Rosario! Oración entrelazada de Padrenuestros y Avemarías que propone al espíritu recogido la realidad inefable de la Encarnación, de la Pasión y Muerte del Hijo de Dios. Resurrección y Ascensión, la venida del Espíritu Santo, los triunfos de María, estrechamente asociada a los gozos, a los dolores y a la gloria de su Hijo Jesús.

AL RECITAR LOS MISTERIOS, SE REVIVE TODO EL EVANGELIO; LA HISTORIA MARAVILLOSA DEL GENERO HUMANO REDIMIDO Y SALVADO...

Al volver a vuestras casas llevad a vuestros seres queridos nuestro saludo. Decidles también que EL PAPA REZA EL ROSARIO COMPLETO, ES DECIR, LAS TRES PARTES, TODOS LOS DIAS. (A la primera peregrinación del Rosario Viviente, 4-5-1963).

20 No deseamos que sus trabajos y su actitud puedan verdaderamente mostrar que el Rosario, es desde lugo, una «devoción de la Iglesia» que, por su carácter popular, por su espíritu «cristocéntrico» y por la filial devoción que inspira hacia la Virgen puede reanimar la fe y la piedad en los más difirentes medios y en los más abiertos a la acción pastoral: parroquias, escuelas, familias, hospitales, etc. (Al III Congreso Internacional Dominicano del Rosario, 13-7-1963).

21 ESTAS PRECES DEL ROSARIO, EL CONCILIO ECUMENICO VATICANO II, AUN CUANDO NO CON EXPRESAS PALABRAS, PERO SI SON SUFICIENTE CLARIDAD, INCULCO EN LOS ANIMOS DE TODOS LOS HIJOS DE LA IGLESIA EN ESTOS TERMINOS: «ESTIMEN EN MUCHO LAS PRACTICAS Y EJERCICIOS PIADOSOS DIRIGIDOS A ELLA (MARIA), RECOMENDADOS EN EL DECURSO DE LOS SIGLOS POR EL MAGISTERIO» LG, N.º 67 (Christi Matri Rosarii, 15-9-1966).

22 Lo que nos urge ahora recordar a vuestra atención y a vuestra piedad es la conveniencia de que todos nosotros tomemos en la mano la corana del Rosario, y que con la sencillez y el fervor

de los humildes, de los pequeños, de los devotos, de los afligidos lo debemos recitar...

Tenemos necesidad de que la Virgen nos ayude. Un atormentado y famoso escritor espiritualista y realista, Carlos Peguy, parangonaba los Padrenuestros y Avemarías del Rosario con barquitos navegantes victoriosamente hacia el Padre. Debemos intentar también esta empresa mística...

Podemos añadir dos observaciones y son éstas: la oración de súplica que está en la intención común del que recita, se funde y casi se trasfunde en oración contemplativa, por la presentación a la mirada espiritual del que ora de aquellos así llamados «misterios del Rosario», los cuales hacen de este piadoso ejercicio mariano una meditación cristológica, acostumbrándonos a estudiar a Cristo desde el mejor puesto de observación, es decir, de María misma: el Rosario nos fija en Cristo, en los marcos de su vida y de su teología, no solamente con María, sino también, por lo que a nosotros es posible, como María, que es ciertamente la que ha pensado en El (Lc. 2, 19; 2, 51), lo ha comprendido, lo ha amado, lo ha vivido.

Y en segundo lugar, el Rosario, para quien tiene confianza en él, pone casi en diálogo con la Virgen; sale al encuentro de Ella; obliga a recibir su fascinación, su estilo evangélico, su ejemplo educador, es una escuela que nos hace cristianos. Beneficio éste casi imprevisto, pero realmente muy preciso y también inscrito en la serie de nuestras necesidades primarias (Audiencia General, 8-10-1969).

23 Deseamos ahora, queridos hermanos detenernos un poco sobre la renovación del piadoso ejercicio que ha sido llamado «compendido de todo el Evangelio»: El Rosario.

A él han dedicado nuestros predecesores vigilante atención y premurosa solicitud: han recomendado muchas veces su rezo frecuente, favorecido su difusión, ilustrado su naturaleza, reconocido la aptitud para desarrollar una vida contemplativa, de alabanza y de súplica al mismo tiempo, recordando su connatural eficacia para promover la vida cristiana y el empeño apostólico.

También Nos, desde la primera audiencia general de nuestro pontificado, el día 13 de julio de 1963, hemos manifestado nuestro interés por la piadosa práctica del Rosario y posteriormente hemos subrayado su valor en múltiples circunstancias (Marialis cultus, 2-2-1974).

24 En continuidad de intención con nuestros predecesores, queremos recomendar vivamente el rezo del Santo Rosario en familia. El Concilio Vaticano II ha puesto en claro como la familia, célula primera y vital de la sociedad, «por la mutua piedad de sus miembros y la oración en común dirigida a Dios, se ofrece como un santuario doméstico de la Iglesia» (Apostolican Actuositatem).

La familia cristiana, por tanto, se presenta como una iglesia doméstica cuando sus miembros, cada uno dentro de su propio ámbito e incumbencia, promueven juntos la justicia, practican las obras de mi-

sericordia, se dedican al servicio de los hermanos, toman parte en el apostolado de la comunidad local y se unen a su culto litúrgico; y más aún si elevan en común plegarias suplicantes a Dios: porque si faltase este elemento, faltaría el carácter mismo de la familia como iglesia doméstica. Por eso debe esforzarse para instaurar en la vida familiar la oración en común...

Nos queremos pensar y deseamos vivamente que cuando un encuentro familiar se convierte en tiempo de oración, el Rosario sea su expresión frecuente y preferida.

Sabemos muy bien que las nuevas condiciones de vida de los hombres no favorecen hoy momentos de reunión familiar y que, incluso cuando esto tiene lugar, no pocas circunstancias hacen difícil convertir el encuentro en familia en ocasión para orar.

Difícil, sin duda.

Pero es también una característica del obrar cristiano no rendirse a los condicionamientos ambientales, sino superarlos; no sucumbir ante ellos, sino hacerles frente. Por eso las familias que quieren vivir plenamente la vocación y la espiritualidad propia de la familia cristiana deben desplegar toda suerte de energías para marginar las fuerzas que obstaculizan el encuentro familiar y la oración en común (Marialis cultus, 2-2-1974).

25 Confirmado el valor preeminente de las acciones litúrgicas, no será difícil reconocer que el Rosario es un piadoso ejercicio que se armoniza fácilmente con la Sagrada Liturgia. En efecto,

al igual que la Liturgia, tiene una índole comunitaria, se nutre de la Sagrada Escritura y gravita en torno al misterio de Cristo.

Aunque sea en planos de realidad esencialmente diversos, anámnesis (re-actualización) en la Liturgia y memoria contemplativa en el Rosario, tienen por objeto los mismos acontecimientos salvíficos llevados a cabo por Cristo.

La primera hace presentes bajo el velo de los signos, y operantes de modo misterioso, los misterios más grandes de nuestra Redención.

La segunda, con el piadoso afecto de la contemplación, vuelve a evocar los mismos misterios en la mente de quien ora y estimula su voluntad a sacar de ellos normas de vida.

Establecida esta diferencia sustancial, no hay quien no vea que el Rosario es un piadoso ejercicio inspirado en la Liturgia y que, si es practicado según la inspiración originaria, conduce naturalmente a ella, sin traspasar su umbral.

En efecto, la meditación de los misterios del Rosario, haciendo familiar a la mente y al corazón de los fieles los misterios de Cristo, puede constituir una óptima preparación a la celebración de los mismos en la acción litúrgica y convertirse después en eco porlongado (Marialis Cultus, 2-2-1974).

26 Debemos refrescar aquella devoción que, con el lenguaje de la piedad cristiana, llamamos la devoción a la Virgen. ¿Somos devotos de María? ¿Decimos bien el Ave María, que es la ora-

ción programática de nuestra devoción? ¿REZAMOS EL ROSARIO?...

Esto os recomiendo. Renovad en vuestras almas la devoción sencilla, pero viril, fuerte, seria y fundada, no sobre la superstición, sobre el egoísmo, sobre la fantasía, sino sobre lo que el Evangelio nos enseña y sobre lo que la Iglesia comenta con tanta prodigalidad y con tanta precisión: amar, rezar, venerar, imitar a María Santísima (Homilía, 15-8-1974).

JUAN PABLO II

27 El Rosario del Papa en la plaza del Pilar, la noche del 6 de noviembre de 1982, fue uno de los momentos más emocionantes y significativos de la peregrinación del Romano Pontífice en España. Juan Pablo II tiene en el Rosario una de sus más queridas devociones. Cada día medita, con profunda reflexión cristocéntrica y mariana, los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos de la vida del Señor, entrelazando con las «Ave María» todas las intenciones de Pastor de la Iglesia universal. En sus discursos y escritos se ha referido infinidad de veces al Rosario, invitando al pueblo de Dios a tener especial aprecio de esta plegaria mariana. El mismo, todos los primeros sábados de mes, a las 8,45 de la noche, dirige en la capilla Paulina del palacio apostólico la recitación del Rosario, que Radio Vaticano transmite al mundo entero.

"EL ROSARIO ES MI ORACION PREDILECTA. ¡Plegaria maravillosa! Maravillosa en su senci-

llez y en su profundidad. En esta plegaria repetimos muchas veces las palabras que la Virgen María oyó del Arcángel y de su prima Isabel. A estas palabras se asocia la Iglesia entera.

Se puede decir que el Rosario es, en cierto modo, un comentario y oración del último capítulo de la Constitución «Lumen Gentium» del Vaticano II, el capítulo que trata de la admirable presencia de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia. En efecto, sobre el fondo de las palabras «Ave María», pasan ante los ojos del alma los principales episodios de la vida de Cristo, episodios que se componen de la totalidad de los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos, y nos ponen en comunicación viva con Jesús por mediación —podríamos decir— del corazón, de su Madre» (Angelus, 29-10-1978).

28 «Con ocasión de su estancia en Alemania, noviembre 1980, según nos cuenta la revista «Vox Fidei», en la ciudad de Fulda le pusieron al Papa algunas preguntas que reproducimos aquí.

Pregunta: ¿Qué sucede con el secreto de Fátima? Debía haberse abierto ya en 1960.

Respuesta: «Por causa de la gravedad de su contenido y para no incitar la potencia mundial del consumismo a ciertas acciones, mis predecesores en la Cátedra de San Pedro prefirieron una relación diplomática. Además de eso, un buen cristiano debe contentarse con lo siguiente: Si leemos que océanos inundan grandes extensiones del mundo, que desaparecerán hombres por millones, entonces ya no se

debería suspirar por la revelación del secreto. Muchos quieren saberlo todo por curiosidad y sensacionalismo, olvidándose que saber implica responsabilidad. Pretenden sólo satisfacer su curiosidad. Y esto es muy peligroso cuando al mismo tiempo no se quiere hacer nada contra el mal». Entonces el Papa apretó el Rosario diciendo: «AQUI, AQUI ESTA EL REMEDIO. Rezad, rezad y no me hagáis más preguntas. Confiad todo lo demás a la Madre de Dios?».

Pregunta: ¿Cómo irán las cosas en la Iglesia en adelante?

Respuesta: «Ciertamente tendremos que contar en breve con grandes pruebas que pueden hasta exigirnos el sacrificio de la vida y nuestra entrega total a Cristo. Pueden, sin embargo, ser disminuidas por vuestra u nuestra oración, pero no ser evitadas del todo, porque sólo así se podrá realizar la verdadera renovación de la Iglesia. Cuántas veces ya se ha realizado la renovación de la Iglesia con la sangre! Y esta vez no será diferente. Estemos preparados y fuertes, y confiemos en Cristo y su Madre. RECEMOS EL ROSARIO MUCHAS VECES. ASI, AUNQUE PARECE POCO, DE HECHO HACEMOS MUCHO» (de la revista «Sol de Fátima», marzo-abril 1982).

29 «El Rosario, LENTAMENTE REZADO Y MEDITADO, en familia, en comuniad, individualmente, os hará entrar, poco a poco, en los sentimiento de Cristo y de su Madre, evocando to-

dos los acontecimientos que son la clave de nuestra salvación» (en Kisangani, Zaire, 6-5-1980).

30 «Vengo en peregrinación a Fátima, como la mayoría de vosotros, queridos peregrinos, con el Rosario en la mano, el nombre de María en los labios, y el cántico de la misericordia de Dios en el corazón... Sed fieles a vosotros mismos, conservad vuestra herencia de fe, de valores espirituales y de honradez de vida... Y ¿queréis que os enseñe un secreto para conservarla? Es sencillo y ya no es secreto: rezad, rezad mucho; REZAD EL ROSARIO TODOS LOS DIAS» (en Fátima, 12-5-1982).

EPILOGO

Qué cosas tan bellas, tan prácticas y tan rotundas te han dicho los Papas sobre el Rosario. No los desoigas.

Ellos son LA ROCA (Mt. 16, 18). Ellos son EL PASTOR (Jn. 21, 15-17).

Rézalo BIEN.

No lo hagas de cualquier manera. Entonces se vuelve aburrido, insípido, una carga... y se abandona.

¿Y para rezarlo BIEN?

El secreto está en concentrarse antes de empezarlo y en volverte a concentrar durante él cuando veas que te has desconcentrado. Como lo haces para estudiar, cuando te propones hacerlo seriamente; como lo haces para trabajar, cuando te interesa que el trabajo salga bien... ¡Esfuerzo, hijo, esfuerzo! Sin concentrarse las cosas difícilmente salen bien.

(¿No querrías hacer la prueba, de vez en cuando, de entrar en tu habitación, cerrar la puerta, y allí a oscuras, tomar el Rosario en tus manos y rezarlo? Cfr. 6, 6. A mí, te lo confieso, me va muy bien).

Y una vez concentrado puedes rezarlo:

—como oración vocal, poniendo atención a las palabras que dices, si así lo deseas;

—como meditación, reflexionando en los misterios para sacar algún propósito práctico, si así lo prefieres;

—como oración contemplativa, dejando que tu corazón vaya adhiriéndose suave, pero tenazmente a Jesús y a María, si así te sientes impulsado;

—como te quieran inspirar el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, pues son Ellos los que mejor pueden hacerlo en cada caso...

Una advertencia final importantísima. Te tendrás que vencer —y no poco— para rezar diariamente, el Rosario. Muchos, pero sobre todo uno, están muy interesados en que no lo hagas. Persevera hasta el fin de tu vida. Entonces verás con la mayor claridad cuántas razones tenían ellos para que no lo rezases, y ¡cuántas tú para rezarlo!